

## LA ERA DEL PACIFICO

Escribe: JULIO LONDOÑO

Cuando Marco Polo regresó a Venecia de su viaje al Lejano Oriente contó, entre otros muchos prodigios, que había visto a orillas de un "mar sin fin" reinos fabulosos que tenían dioses de marfil y palacios de jade, reyes que gobernaban desde tronos de oro y usaban tiaras recamadas de piedras preciosas; sabios para los cuales no tenía secreto alguno el alfabeto de las constelaciones. Las noticias eran tan asombrosas que no podían ser si no el producto de una acalorada fantasía. Y así aquella primera noticia sobre el "mar sin fin" se fue haciendo cada vez más débil hasta desaparecer casi por completo.

Pero la imagen surgió de nuevo el día 25 de septiembre de 1513 cuando Balboa de rodillas con todos sus hombres en la cima de la cordillera panameña daba gracias a Dios por haberlo guiado hasta aquel mar que habría de llamarse Pacífico porque sus olas, con su movimiento fatigado, parecían querer ayudar a los barcos a surcarlas en vez de luchar contra ellos como sucedía en los otros mares del orbe.

Esta orilla no tenía los portentos de que había hablado el viajero veneciano pero no estaba exenta de prodigios porque no lejos de sus riberas habrían de encontrarse restos de civilizaciones extinguidas cuyos templos, como los del Tical, se elevaban hacia el cielo con un impulso sagrado; archipiélagos donde abundaban las perlas en tanta cantidad que sus irisaciones deslumbrarían los ojos de los reyes, y entre las cuales se hallarían algunas de tamaño increíble como aquella en forma de panecillo que doña Isabel de Bobadilla tendría que vender apresuradamente a la reina por 900.000 maravedíes para sustraerla de la codicia de Pedrarias y cuyo solo quinto valía más de mil quinientos pesos de oro fino; metales preciosos como el platino cuyas virtudes maravillosas habían de permanecer ocultas por muchos años; y reyes como Atahualpa que ofrecerían como rescate de su vida un cuarto lleno de oro hasta donde alcanzara a señalar en el muro la mano del más ambicioso de los conquistadores.

Con el descubrimiento de Balboa el mundo supo de la existencia del más grande de los siete mares y empezó a entrever con claridad su contorno. Pero el interior seguía siendo desconocido. Nadie quería correr aventuras de violar el misterio que podían encerrar sus aguas amargas. Adelantado ya el siglo XIX los barcos pesqueros rusos atravesaron el estrecho

de Bering y se internaron en el Pacífico. La abundancia de peces que hallaron hizo recordar la pesca milagrosa, y aunque quisieron mantener su hallazgo en secreto, la noticia se difundió por el mundo y los países fuertes se lanzaron con denodada intrepidez a adueñarse de islas y litorales que bordearan ese mar desconocido. Inglaterra tomó a Australia y Nueva Zelandia, Francia a Indochina, Alemania a Nueva Guinea, Holanda al Irán, España a Filipinas y los Estados Unidos a Hawai.

Como las embarcaciones de la época no permitían cruzar ese mar porque no había donde abastecer los barcos de alimentos y combustible, toda la actividad comercial se hacía por medio de un cabotaje que iba ligando entre sí todos los puertos en una sucesión interminable. Pero cuando apareció el petróleo, que multiplicó por diez el recorrido de las naves, se formó una red de ejes de navegación que hizo edificar puertos y engrandecer ciudades que luego los aviones habrían de visitar incesantemente.

Al final de la segunda guerra mundial sobreviene una inusitada actividad en los bordes del gran océano: las antiguas colonias se independizan; los pueblos se unen sin tener en cuenta raza ni religión, un viento de libertad circula por todo su ámbito; las mayores aglomeraciones humanas del universo se intensifican en sus márgenes; algunas de las más notables concentraciones industriales crecen allí y se ensanchan vertiginosamente; China y Japón se afianzan en sus costas como grandes potencias; los Estados Unidos y Rusia mueven su poder en esa dirección y todos los países que lo bordean mejoran sus puertos y se alistan como en espera de grandes acontecimientos. Es la era del Pacífico que se avecina. La era del Atlántico está declinando y nuevas cosas están por venir.

Nosotros no podemos sustraernos a ese despertar aunque el nuestro haya sido el país menos afortunado con el descubrimiento de Balboa. Nos tocó en suerte la parte selvática, humedecida siempre por la lluvia incesante que proviene de las corrientes de temperatura diferente que se mezclan frente a ella; la cordillera occidental, altísima y con sus cumbres desnudas que van de sur a norte en toda la extensión del país separa el litoral del resto de la nación como si se tratara de una muralla infranqueable. Pero además de estas circunstancias geográficas la historia ha intervenido también para acentuar su abandono. Un día Felipe II de España se convierte en el defensor de la cristiandad en el orbe. Simultáneamente Isabel de Inglaterra surge como la defensora de la reforma protestante en el mundo. El rey lanza contra su real adversaria la Invencible Armada que un mar enfurecido destroza en breve término. La reina manda a sus corsarios que no dejen con vida barco alguno español que navegue en el Pacífico para evitar que el oro del Perú pueda llegar a Panamá y de allí siga a henchir las arcas de la Corona. Con todo esto la navegación de nuestra costa pacífica se suspendió. Los viajes hacia Quito y Lima se hicieron por caminos del interior que seguían el eje Honda, Neiva, La Plata y Popayán. Nuestro litoral se olvidó. Sus puertos se abandonaron y las gentes fueron a otras partes en busca de mejores oportunidades. Las colonizaciones murieron.

En gran extensión aquella costa está en las mismas condiciones en que se hallaba cuando fue recogida del suelo la cabeza ensangrentada del

descubridor de el "mar sin fin". Para nosotros sigue siendo un mar ignorado en espera de un nuevo descubrimiento. Allí está el promontorio de basalto del Cabo Corrientes donde se estrellan fuertes oleajes ecuatoriales que corren en sentido contrario; los istmos que pueden conectar los mares del norte y del sur por medio de futuros canales; la bahía de Málaga en donde la naturaleza ha hecho la más fuerte concentración de azul de toda América; el arco de piedra que un día el mar labró en la isla del Morro a través del cual se ve erguirse un islote vertical que se ha denominado La Viuda porque aparece solitario y oscuro entre el jugueteo ruidoso de las olas.

La figura de Balboa, cuya hazaña conmemoramos hoy, crece cada día a medida que la era del Pacífico avanza y su espíritu ha de ayudarnos en el futuro a engrandecer esa tierra que Colombia ha llevado al costado como zona olvidada de la cual se habla mucho, pero de todo lo que de ella se dice solo ese olvido es seguro. Todo lo demás es esperanza.